



Las ciudades del mar Josep Pla

Prólogo de José Carlos Llop



DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Nota a la presente edición
Prólogo. Partidario del barco
Nota preliminar
Mi primer viaje a Mallorca
En Fornells
En el Rosellón
Recuerdos de Italia
En la isla de Elba
Viaje a Cerdeña
En Sicilia
En Croacia
Notas de Grecia
Fragmento sobre Estambul
En los Balcanes
Créditos de las imágenes
Galería fotográfica
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

«Confieso que, desde hace unos cuantos años, mi ilusión máxima es el Mediterráneo. A él debemos —debe el mundo occidental— todo lo que somos.» Josep Pla, cronista excepcional, nos transporta en *Las Ciudades del mar* a los más bellos destinos del Mediterráneo, y lo hace además en el tiempo, porque en estas páginas visitamos las costas de hace medio siglo, las sofisticadas, límpidas y puras orillas de los años 40.

Mallorca, Fornells, el Rosellón, Italia, la isla de Elba, Cerdeña, Sicilia, Croacia, Estambul y los Balcanes cobran, de la mano de uno de los mejores prosistas del siglo xx, una nueva magia y sofisticación.

Este libro, junto con *Fin de semana en Nueva York* y *Viaje a Rusia*, forma parte de la recuperación en *Destino* de las crónicas de viaje de Josep Pla.

Las ciudades del mar

Josep
Pla

Nota introductoria de
Xavier Pla

Prólogo de
José Carlos Llop

Ediciones Destino
Colección Destino Clásicos
Volumen 20

Nota a la presente edición

El manuscrito de la obra *Las ciudades del mar* de Josep Pla se conserva en la Biblioteca de Cataluña desde el año 2000, cuando fue adquirido a la viuda del editor Alfred Darnell Gasco (Barcelona, 1906-1969). Se trata de noventa y ocho cuartillas, de las que tan solo falta la primera página del prólogo, escritas a mano en una caligrafía de fácil lectura, con numerosos recortes de artículos pegados y manipulados, y con anotaciones del corrector, en un conjunto perfectamente listo para ir a imprenta.

El libro fue publicado en 1942 por la editorial Argos (sede también de la librería del mismo nombre, situada en el paseo de Gracia, número 30, de Barcelona), de la que Darnell era uno de los socios, a la vez que también ejercía como corrector y traductor de un importante número de las obras publicadas en su catálogo. Los inicios de la editorial quedan todavía un poco confusos. Probablemente estaba vinculada con el semanario *Destino* y con la librería El Camerino, especializada en libros de arte y muy relacionada con personajes como Ignacio Agustí, Josep Janés, Joan Teixidor o Carles Soldevila. Gracias a su amistad con Manolo Hugué y otros artistas de la época, Alfred Darnell (y secundariamente su hermano Pere) había impulsado en 1941 varias colecciones de biografías de pintores, como la misma de Manolo, escrita por Rafael Benet, la de Joan Serra, por Joan Cortés, o la de Domènec Carles, por Joan Teixidor (anunciada pero que no llegó a publicarse). En la colección Miguel Ángel debía aparecer el libro de Josep Pla sobre el pintor Joaquim Mir, pero finalmente el escritor am-

purdanés prefirió empezar su relación con Argos con un libro de crónicas de viaje titulado *Las ciudades del mar*. En cambio, el libro sobre Mir apareció finalmente en Ediciones Destino en 1944, ya que, por razones desconocidas, Argos entró rápidamente en un cierto declive, Darnell fundó una nueva editorial, Ediciones Cid, y luego se trasladó durante una temporada a Sevilla, donde tradujo al castellano alguna obra clásica de la literatura catalana, como *Lo somni* de Bernat Metge (Bibliófilos Sevillanos, 1948) y, según parece, el libro de Pla sobre Manolo Hugué, que no se publicó.

Firmado el prólogo en el Mas Pla de Llofriu en enero de 1942, *Las ciudades del mar* se publicó en abril de aquel mismo año. Se trata de un volumen en formato 19,5 × 13,5, de 225 páginas en total, impreso en rústica, con una sobrecubierta con un dibujo de la bahía de Nápoles y una visión del Vesubio debida, probablemente, al dibujante Enric Cluselles, colaborador habitual de los primeros libros de la editorial. El original fue presentado por el editor Josep Janés aquel mismo mes en la entonces llamada vicesecretaría de Educación Popular del Ministerio de Gobernación. El libro fue autorizado por la censura franquista pocos días después con un breve y positivo informe del censor Luis Andrés Frutos: «Se trata de un conjunto de crónicas de viajes por el Mediterráneo. Pla consigue una prosa fluida y llena de color al par que desliza dichos y agudezas suavemente rabelianas y profundamente amenas». El tiraje fue de dos mil quinientos ejemplares, pero la recepción crítica fue casi nula. Pla, que enfermó en febrero de fiebres tifoideas debido a la ingestión de unas ostras en mal estado tomadas en un restaurante en Barcelona, y que le obligaron a estar casi dos meses en la cama, se desinteresó muy deprisa del libro.

«Las ciudades del mar» es el título de un artículo que Josep Pla publicó en la revista *Destino* el 20 de abril de 1940 en su recién ideada sección que le haría famoso, «Calendario sin fechas». Pla rebatía una declaración del pintor

Domènec Carles, según la cual las tres ciudades más bonitas del Mediterráneo serían Cadaqués, Tossa de Mar y Portofino. Pla añadiría Colliure, en la Cataluña francesa, Saint-Tropez, Portoferraio, en la isla de Elba, Corfú o Traú, en la costa de Dalmacia. Es probable que, en el fragor de la discusión, una vez publicado el artículo, dudando todavía entre Ragusa, Trápani, Barcelona, Argel, Génova, Nápoles o tantas otras, Pla tuviera la idea inicial de componer un libro del mismo título que el artículo de *Destino*. Así, pocas semanas después publicó un segundo texto, titulado «Ragusa-Dubrovnik» (18 de mayo), y luego un tercero, «Medidas de Grecia» (1 de junio), y le siguieron «Portoferraio» (29 de junio), «Trápani» (20 de julio), «Split» (3 de agosto), «Zara» (12 de octubre), etcétera. Pronto debió decidir incluir también otros artículos, como el célebre «Fornells», publicado en *Destino* unas semanas antes, el 30 de marzo, e insirió a su vez otros tantos de otras procedencias.

Pero se equivocaría quien pensara que Pla sencillamente recopilaba o reciclaba artículos. En general, cada reaparición de un texto periodístico suyo era sometida a una reelaboración, a un verdadero trabajo de reescritura que podía ser mínima, pero que podía presentar también variantes más que significativas. Con el paso del tiempo, la propia maduración literaria del escritor, las obligaciones (y también las oportunidades) periodísticas y editoriales que debió afrontar en la posguerra, más las férreas restricciones políticas contra la lengua catalana, hicieron más complejo el laberinto textual de Pla. Por poner un ejemplo, una parte de las crónicas viajeras del libro, sobre todo las italianas y las balcánicas, son bastante más antiguas y provienen directamente de los artículos publicados después de los viajes realizados en los años veinte, con los que elaboró dos libros anteriores, escritos en catalán, que están relacionados con *Las ciudades del mar* y que conforman junto a este un verdadero tríptico de viajes europeos: *Cartes de lluny*, publicado por *La Nova Revista* en 1928, y *Cartes meridionals*,

publicado por la Llibreria Catalònia en 1929. Reseguir la evolución de alguna de estas prosas periodísticas podría ser apasionante: por ejemplo, el capítulo sobre la ciudad de Orvieto fue publicado por primera vez... el 12 de julio de 1922 en la primera página de *La Veu de Catalunya* —o sea, veinte años antes—, y reaparecía en *Las ciudades del mar*, traducido al castellano y con leves variantes, después de sucesivas e incontables reediciones, que no serían las últimas. El carácter de *patchwork* de la composición de este libro puede observarse también en la aparición, en el manuscrito, de artículos antiguos recortados de periódicos y revistas, pegados cuidadosamente en algunas cuartillas. El capítulo sobre el castillo mallorquín de Bellver, por ejemplo, resulta ser, con una breve presentación manuscrita y una conclusión, un artículo que Pla había publicado, dentro de una serie titulada «Diario de un viaje a Mallorca», nada más y nada menos que el 19 de febrero de 1921 en *La Publicidad* de Barcelona, cuando el joven periodista catalán contaba tan solo con veinticuatro años de edad.

Las ciudades del mar es pues, también, un episodio más en la sucesiva y obsesionante reescritura a la que Pla sometió su trayectoria literaria a lo largo de seis décadas. El libro no se reeditó nunca en vida del autor, pero reapareció, nuevamente fragmentado, troceado, redistribuido y reelaborado, en diversas ediciones en catalán en los años cincuenta del siglo pasado en la editorial Selecta y en Destino. Y, finalmente, puede leerse hoy en catalán en el decimotercer volumen de su *Obra completa*, titulado *Les escales de Llevant* y publicado por Destino en 1969.

Xavier Pla
Càtedra Josep Pla de Literatura i Periodisme
Universitat de Girona

Prólogo

Partidario del barco

Antes del Prozac se había inventado la conversación y en la conversación se inventó Josep Pla. El escritor y el personaje: ambos se inventaron a sí mismos en la conversación, aunque el primero lo hiciera también en la lectura; especialmente de la literatura francesa —Montaigne, sobre todo, los moralistas del xvii y xviii y Léautaud, ese modelo de solitarios— y de dos autores españoles contemporáneos: Baroja y Azorín, sin descuidar a Gabriel Miró como herramienta formal. Sobre Baroja, el mismo Pla dijo que no sabía escribir novelas y uno cree que estaba hablando de sí mismo. Sobre Azorín, pensemos en la teoría del cigarrillo y su famosa búsqueda del adjetivo: «La persiana es verde». La precisión en el adjetivo, que procede del colorismo mediterráneo, como la precisión conceptual en el sustantivo es pura lengua inglesa (y ahora ya divago).

Pero hablábamos de Prozac: gracias a Dios nunca me he visto en el trance de tomarlo, pero si hubo días en los que la melancolía era, para mi gusto y paciencia, algo pernicioso, me bastó con saber que tenía en casa la grabación del programa «A fondo» dedicado a Pla, para que esa melancolía menguara de inmediato. Ya no digo si introducía esa grabación en el aparato de vídeo: entonces era como estar invitado a una fiesta estupenda y al levantarme del sillón, una hora más tarde, los efectos de ese tónico eran tan impagables como duraderos.

He tenido «A fondo» —este «A fondo»— grabado en la memoria desde que lo vi en Barcelona cuando Pla aún vivía; he tenido el audio del programa en una cinta de casete durante años (he imitado su tono y expresiones cuando era joven); después vino el vídeo casero en formato VHS y ya más tarde el DVD en la colección que editó Gonzalo Herralde. Lo he recomendado en multitud de ocasiones como antídoto contra la tristeza —las lecciones de vida lo son— y siempre con éxito. Y hace ya tiempo llegué a la conclusión de que este Pla —el Pla conversador acerca de sí mismo— era puro Sainte-Beuve. España es lo que tiene: que desde el xviii es de segunda mano, pero en esa segunda mano también acierta a veces de lleno: pensemos en Azorín, de nuevo, o en Gómez de la Serna, o en Baroja, más difuminador de pistas. O, ya que estamos, en Pla otra vez. Menudo cuarteto. Y como Gómez de la Serna debía de molestar, por excesivo y cohetero, al resto —un escritor cacareando a lomos de un elefante—, menudo terceto. Un terceto imposible ahora: en todos los sentidos. Y una sombra —en el sentido benéfico de la palabra— que aún se hace notar, sin peligro de equivocarse del todo por parte de quien se acoge a ella.

O sea que mi Prozac es Pla charlando del mundo alrededor de sí mismo (Pla escribía como hablaba y se dirigía al lector como quien se dirige al público). Y si pienso en una literatura moral de casa —es decir, casera, *casolana*—, me voy a *Notes Disperses* —un amigo me lo regaló al casarme—, y si he de recordar en una conversación libros y películas que traten de amor, siempre aparece el delicioso *Un amor de Josep Pla al Canadell*, cosido por Josep Vergés, su editor y el hombre que le permitió la libertad. Un libro —este del amor de Pla— que llegó a mis manos por recomendación del gran planiano que es Valentí Puig. Pero estoy aquí para hablar de viajes: *Las ciudades del mar*.

Los viajes de Pla y los petroleros y cargueros, configuran una poética: 1) «No he hecho ningún viaje de turismo, no, no, no. Todos los viajes que he hecho han sido para trabajar; para escribir, nada más». 2) «He viajado mucho en barcos petroleros... Y me decían: "Bueno usted no puede fumar aquí, pero en fin, ya le daremos un cuarto y no se lo diga usted a nadie, pero fume usted y escriba..."». 3) Al ser preguntado sobre por qué le gustan esos barcos, contesta: «Porque no hay nadie... más que la tripulación. A mí me gusta mucho la tripulación, ¿sabe usted? Sobre todo si es vulgar...». Y 4) «El barco es muy bueno, sí, porque es ¡tan lento! Sí, soy un partidario del barco. No soy partidario del progreso, sino del regreso... sí, del *a poc a poc, a poc a poc, que farem via...*».

Cuando se publica en Argos *Las ciudades del mar*, Josep Pla tiene cuarenta y cinco años. Ya lleva un par de décadas de vida leyendo y escribiendo y ganándosela con ambas cosas. Sabe que no hay mejor manera de vivir salvo, quizá, la de ser verdaderamente rico, y eso si se es inteligente. Él no es pobre, no lo ha sido nunca, pero pobre y además de hacerlo, considera que todas las cosas buenas de la vida tienen un precio en dinero. Y no hablo de nada que no se transparente también en este libro. No sé si el cinismo es una buena escuela para la verdad (que es lo que hace que la literatura lo sea y perdure), pero sí lo es a veces para construir y defender, como si no se hiciera, una verdad propia en el tiempo. Fue su caso. Así que las crónicas viajeras reescritas para este libro ya se habían publicado en distintos periódicos y semanarios, especialmente en la revista *Destino* y, sin embargo, el libro, lo es. Esto ocurre con Pla constantemente y no es asunto fácil: en otros a menudo se detectan las costuras y se ven los retales. En él, al ser su naturaleza, desaparecen.

Las ciudades del mar comienza con el primer viaje a Mallorca del escritor, obviamente en barco. El mar, la arquitectura, el paisaje y la comida: *Baedeker's style* pasado por

su autor. Todo lector de Pla sabe de qué estamos hablando. Pero también esa prosa de atajo, de sujeto, verbo y predicado por puro afán de claridad; de limpieza y efectividad. Y de repente, esto: «El alma de Mallorca es el silencio». Su pérdida como consecuencia de la venta de distintos fragmentos de ese alma. Y cuando, al filo de la locura de Joaquim Mir o de la impotencia de otros pintores ante la luz de la isla, se pregunta qué hay detrás del paisaje mallorquín más agreste, responde: «Detrás está lo sublime, Dios». Y establece su particular filosofía contra el histrionismo artístico: «El que quiera cantáridas que vaya a la farmacia. Y frente a un mundo en pijama, cuello duro a todo pasto».

En Fornells escribiré sobre la sardina, el jurel, el salmoneete —la pieza reina— y el calamar, formando un bestiario mediterráneo donde la cultura empieza no en lo agrícola, sino en la pesca, en el mar de los griegos, los fenicios y los romanos. El Rosellón ya es francés; o lo que es lo mismo: la civilización y su deslumbramiento. Entre todos los cultivos, la viña es «el que ofrece más signos visibles de inteligencia y de sabiduría». Y los días de fiesta en Port-Vendres «son los días de llegada de los correos de Orán y Argelia», con sus moros vestidos «como los pobres de las acuarelas de Fortuny, con chilabas raídas y un fez mugriento». Italia, sin embargo, lo es todo: desde el arte y la sabiduría a la gran belleza de sus mujeres. La villa de Napoleón, en Elba, es una casa «disecada». En Florencia se apoya en Giotto, Uccello, Masaccio o Piero della Francesca para llegar al esplendor, es decir, «a Rafael». «Después de Rafael, las cosas nos interesaban mucho menos.» Si Fornells era un acuario, Italia es un museo; uno nos alimenta y hace; el otro habla de lo mejor de nosotros. Puro vitalismo; puro Pla.

El viaje —en barco, naturalmente— se enriquece con las grandes islas —Cerdeña (el «rey de la langosta» era un menorquín) o Sicilia—, se matiza en el Adriático y aparecen luego el esplendor de Grecia —«dediquen más tiempo al

paisaje que a Atenas»— y las sombras de los Balcanes —no se le nota a Pla ni rastro de alegría en ellos—, que entonces se escribían con k. Sin olvidar Estambul, cuyas calles tienen «una gracia definitiva»: «Las personas que sientan una forma u otra de admiración por la vida del mediodía han de ir a Estambul y ver de qué manera esta vida llega aquí a su cenit». Y uno piensa de nuevo en la entrevista con Soler Serrano: «Las ciudades son como animales; lo más importante de la civilización es una gran ciudad, una gran ciudad es un animal vivo». Pla no hablaba del tamaño de las ciudades, sino de la esencia de las ciudades, lo que atrapa —o lo intenta, siempre desde la curiosidad más vital— en *Las ciudades del mar*.

Regreso al barco. En la mesa de mi camarote hay un dibujo de Cyril Connolly escribiendo en la cama. Y he visto imágenes de Pla escribiendo en la cama. Y he leído a Proust escribiendo en la cama. Ninguno de los tres estaba enfermo, salvo de sí mismos, cuando lo hacían: no debían guardar cama más que para la escritura. O ni siquiera en la cama la escritura dejaba de exigirles. Yo nunca he escrito en la cama, ni soy grafómano como lo eran Pla y Proust, pero he escrito estos folios en una vieja casona donde nunca creí, ni deseé, llegar a vivir, situada a siete kilómetros del mar y de uno de los paisajes que más he amado durante treinta y tres años (más de la mitad de mi vida). En fin, un destierro, dulce, pero destierro. La casa no es, desde luego, el Mas Pla, tampoco Itzea, y mucho menos el castillo de Montaigne o Recanati. Pero siendo de planta cuadrada, con gran jardín a su alrededor y construida en piedra, sí guarda una cierta y lejana atmósfera —aunque solo sea por la planta y la piedra— con las dos primeras. Como cierta y lejana, ambas cosas, es la herencia que de Pla he tenido para entender, por ejemplo, la relación entre autor y obra (lo he dicho antes: puro Sainte-Beuve). La del paisaje con el autor —una